

Buenas tardes, compañeras y compañeros.

De todos los actos que organiza el sindicato a lo largo del año, éste, inscrito dentro de las celebraciones con motivo del Primero de Mayo, de reconocimiento al compromiso sindical y a la fidelidad demostrada hacia nuestras siglas de los compañeros y compañeras que cumplen 25 años de afiliación, es el que me resulta más entrañable.

Vivimos en una sociedad en la que nuestros adversarios ideológicos y de clase, quizá dadas las circunstancias debiera calificarlos de enemigos, pero prefiero huir de terminología bélica, han conseguido ir imponiendo durante estas dos últimas décadas sus valores individualistas e insolidarios en importantes sectores de nuestra sociedad.

Porque lo que estamos viviendo estos últimos años en Europa, en España y en Navarra no es simplemente una crisis económica de enormes dimensiones, con interpretaciones diferentes y alternativas igualmente dispares en función de los intereses sociales que se defiendan. No. Esto es lo que nos intenta hacer creer la propaganda elaborada por los laboratorios de ideas del neoliberalismo.

Cada vez parece más evidente que quienes rigen los destinos de Europa no tienen ninguna prisa por salir de la crisis. Y no me extraña. Porque ni uno solo de los personajes que cada día copan los telediarios para amargarnos la digestión, tengan realmente el poder o sean simples marionetas o voceros de quienes efectivamente mandan, están sufriendo en sus carnes la crisis como nos la están haciendo sufrir a las trabajadoras y trabajadores europeos, especialmente de la Europa del sur.

Ni tienen prisa, ni están haciendo nada para poner fin a esta sangría, porque sus privilegios están blindados, sus intereses económicos a salvo de sus salvajadas, sus fortunas a buen recaudo y sus beneficios eficazmente defendidos por el entramado jurídico-institucional, que para eso lo controlan a través de mayorías parlamentarias logradas de manera fraudulenta.

Lo que ellos llaman austeridad y nosotros austericidio, la política inhumana y antisocial de recortes al servicio de un pretendido reequilibrio de las cuentas públicas, que, por cierto, nunca llega, lejos de acercarnos a los objetivos que dicen perseguir, cada día nos hundan más en el fango y contribuyen a alargar la crisis, hasta el punto de que puede convertirse en una situación estructural, tal y como alertaba hace pocos días la propia directora del Fondo Monetario Internacional, Christine Lagarde.

Porque a lo que estamos asistiendo es a una ofensiva en toda regla para poner fin al pacto social sobre el que se reconstruyó la Europa de la postguerra entre el capital y el trabajo, entre patronal y sindicatos, y dismantelar el Estado social y el modelo de bienestar levantado sobre pilares de libertad, igualdad y justicia por la derecha democrática y la socialdemocracia.

Ese modelo estaba articulado y construido sobre cesiones mutuas, sobre conquistas y renuncias, sobre derechos y obligaciones, y buscaba la redistribución de la riqueza en términos de justicia social. Era un sistema caro para los pudientes, qué duda cabe, pues contribuían, a través de sistemas fiscales progresivos, a costear económicamente unos servicios públicos y unos sistemas de seguridad y protección social, de los que disfrutaban, en igualdad de condiciones, todos los ciudadanos, con independencia de su extracción social y su capacidad económica.

Con el tiempo hemos sabido que se trataba de un sistema que fue posible por el miedo de las clases privilegiadas a la revolución. Antes de perderlo todo, como les ocurrió más allá del telón de acero, cedamos parte de nuestra riqueza y compartamos el bienestar con la clase trabajadora, evitando que alimente tentaciones levantiscas, se decían.

Pero cayó el muro de Berlín, en lo que algunos interpretaron como el triunfo absoluto y definitivo del capitalismo, se esfumó el miedo y apareció la derecha sin complejos, liderada por la recientemente fallecida dama de hierro, para iniciar una revolución, pero esta vez de signo

contrario, una revolución conservadora para devolver las cosas a su sitio, la riqueza a sus propietarios naturales y la miseria, a los suyos, a las clases populares. Y de aquellos barros, estos lodos.

Por tanto, la crisis económica, que existe y que está siendo socialmente tan dolorosa como están queriendo quienes la provocaron, se ha convertido en la coartada perfecta para dar el golpe definitivo al Estado social, para dismantelar el modelo europeo de bienestar y establecer el llamado Estado mínimo, que históricamente han pregonado, sin demasiado éxito práctico hasta ahora, los ideólogos del neoliberalismo.

Un Estado raquítico, con unos servicios públicos también mínimos -de ahí la constante tentación privatizadora de la derecha gobernante-, con un sistema de protección social menguante, en el que las únicas redes de solidaridad sean las familiares o las de la caridad organizada.

Un Estado reducido casi exclusivamente a un aparato de orden público que proteja sus privilegios de la rebelión y la protesta social de los damnificados por el expolio capitalista.

Y aquí viene la pregunta fundamental. ¿Asistimos a un proceso reaccionario, de eliminación de derechos sociales y laborales, de privatización de servicios públicos, de aniquilación de la red de protección social, de transformación de nuestro modelo de convivencia que es inevitable, como pretenden hacernos creer?

NO, en absoluto.

Da la impresión de que están venciendo, porque han tomado la iniciativa. Porque nos han pillado por sorpresa y porque la brutalidad de las cifras de paro están provocando una fractura social entre la ciudadanía y entre la propia clase trabajadora.

Están aprovechando la crisis y el miedo, o mejor dicho el pánico, ahora de las clases populares, a perder el trabajo, la vivienda, los derechos laborales, las prestaciones por desempleo, la red de protección social, para meter una cuña y dividirnos, para romper nuestra unidad.

Tratan de enfrentar a los que han perdido su empleo o no lo consiguen con quienes todavía lo conservan, porque es la forma más eficaz de arrancar a estos últimos sus derechos y presionar para conseguir la devaluación de sus condiciones de trabajo.

Nos quieren llevar a una situación en la que una persona con trabajo y con derechos, y no os cuento si además es empleado público, tenga poco menos que avergonzarse en la calle por su situación de privilegiado social frente a la masa de desempleados. Pretenden estigmatizar poco menos que como delincuentes a quienes tienen empleo y reivindican en sus empresas mejoras salariales y de condiciones de trabajo.

Como si la culpa de lo que está pasando la tuvieran los funcionarios del Gobierno de Navarra, los trabajadores de la Volkswagen o las organizaciones sindicales que estamos defendiendo los convenios sectoriales y no los sinvergüenzas de la banca, las grandes corporaciones empresariales, las patronales que se aprovechan de cualquier situación, los empresarios sin escrúpulos y buena parte de los dirigentes corruptos de la derecha neoliberal.

Pero, repito la pregunta fundamental: ¿Estamos ante una situación de retroceso social y laboral sin retorno posible?

Absolutamente NO.

Se puede revertir esta situación, se puede salir de la crisis, se pueden recuperar los derechos que nos han arrebatado, se pueden conservar y mejorar los servicios públicos y la protección social, se puede volver a la senda del crecimiento económico, se puede poner fin a la destrucción de empleo y generar puestos de trabajo.



Como dice ese eslogan, ya muy usado, con el que Obama logró la presidencia de los Estados Unidos: “Sí, se puede”.

Pero depende de nosotros. Depende de la clase obrera organizada, de nuestros sindicatos, de las organizaciones sociales, de las plataformas ciudadanas, de las mareas multicolores, de nuestra capacidad de lucha y respuesta. De nosotros depende que les paremos los pies.

Defender el Estado Social y Democrático de Derecho, que consagra nuestra Constitución; forzar un cambio de políticas económicas para apostar por el crecimiento y la generación de empleo; garantizar unos mínimos de igualdad y bienestar para todos, a través de una fiscalidad justa y de unos servicios públicos universales y de calidad; recuperar los derechos laborales y sociales que nos han arrebatado y defender los todavía existentes, depende de nosotros y solamente de nosotros.

Por eso tiene más sentido que nunca el acto que estamos celebrando hoy. La UGT, el movimiento sindical, la clase obrera necesita en este momento, más que nunca, militancia y compromiso de lucha. Y eso es lo que representáis todos, pero sobre todo vosotros compañeros y compañeras a los que hoy agradecemos vuestros 25 años de afiliación.

Habéis sido y sois un ejemplo para todos de lo que hay que hacer en este momento. Decidisteis, allá por la década de los 80, organizaros en la UGT para defender vuestros derechos e intereses como trabajadores, sobre la base de la solidaridad y la acción conjunta.

Contribuisteis a construir y levantar una sociedad más libre, más justa y más igualitaria, de la que todos nos hemos enorgullecido. Y seguís, 25 años después, defendiendo ese modelo social en vuestros centros de trabajo y en la calle de quienes lo quieren destruir para devolvernos a la situación de la primera mitad del siglo pasado.

Esta ruta que habéis recorrido vosotros es el camino que todos debemos seguir.

Necesitamos fortalecer nuestras organizaciones, aumentar la afiliación y la representación sindical para ser más fuertes. Necesitamos aunar fuerzas, primero, para resistir esta ofensiva neoliberal, y después, para reconstruir la sociedad del bienestar.

Compañeras y compañeros, compromiso militante, organización, unidad y lucha. Ése es el único camino para volver a la senda de la libertad, la igualdad y la justicia social.